

## SEMANTICA: EL ARMA POLITICA DE LA URSS

por JIM GUIRARD\* \*\*

El profesor Robert Tucker, de la Universidad de Princeton, distinguido biógrafo de Josef Stalin, adjudicó al dictador soviético la creencia de que "de todos los monopolios ejercidos por el Estado, ninguno sería tan crucial como su monopolio de la definición de las palabras. La última arma del control político sería el diccionario".

Esta es la tesis en la que George Orwell basó el razonamiento interior de su gran novela "1984". El Estado totalitario —deseando que nadie tenga pensamientos negativos sobre la dictadura— simplemente eliminó de los diccionarios y del uso común las palabras con las cuales la gente podría elaborar pensamientos tan traicioneros.

En el caso de las palabras que no podían descartarse directamente, se usó la "jerga nueva", mediante la cual se dieron nuevos significados que eran virtualmente la antítesis del verdadero sentido de las palabras.

Desde luego, el problema encarado por Orwell y Tucker tiene raíces mucho más profundas en la historia que el advenimiento del leninismo y del stalinismo. El gran parlamentario británico Benjamín Disraeli había dicho en el siglo pasado que "pocas ideas son las correctas, y nadie puede asegurar cuáles son. Pero es con palabras que gobernamos a los hombres".

Y más de veinte siglos antes, cuando se le preguntó a Confucio qué haría si lo pusieran a cargo del gobierno nacional, el sabio chino respondió: "Ciertamente sería corregir el idioma. Si el idioma no es correcto lo que se dice no es lo que queremos decir. Si lo que se dice no es lo que se quiere decir, lo que debe hacerse sigue sin que se haga. Si esto sigue sin hacerse, la moral y los actos se deterioran. Si la moral y los actos se deterioran, la justicia se desvanece. Si la justicia se desvanece, la gente se encontrará en una confusión impotente. Por lo tanto, no debe haber arbitrariedad en lo que se dice. Esto es más importante que todas las otras cosas".

Desafortunadamente, muchos ven el problema del idioma "arbitrario", ampliamente usado por los funcionarios soviéticos en su campaña ideológica contra las democracias occidentales, sólo como de naturaleza teórica, con apenas una importancia minúscula, más que como un peligro presente y real a nuestras libertades.

Esos pensadores ilusos deberían fijarse en lo que están haciendo los soviéticos para transformar los diccionarios del mundo, en lo que el profesor Tucker mencionó como "la última arma de control político" de la URSS.

Según George Richardson, principal funcionario ejecutivo de Oxford University Press, de Gran Bretaña, los soviéticos están ocupados reescribiendo por lo menos dos diccionarios de Oxford de idioma inglés para incluir definiciones retorcidas de palabras políticas claves, colocando así a esos

\* JIM GUIRARD: Redactor del *Christian Science Monitor*.

\*\* Este artículo fue publicado en el diario *El Mercurio*, el 17 de noviembre de 1985.

términos directamente en línea con la doctrina del Partido Comunista. Por ejemplo:

–Capitalismo: “el sistema que reemplaza al feudalismo y precede al comunismo”.

–Imperialismo: “la última y más alta etapa del capitalismo”.

–Fascismo: “un movimiento y régimen burgués, típico de la era del imperialismo”.

–Socialismo: “un sistema social y económico que está reemplazando al capitalismo”.

–Comunismo: “el reemplazo revolucionario del capitalismo”.

Si este robo del idioma no fuera tan diabólicamente grave y un elemento tan importante de la campaña de desinformación de Moscú, o si los libertarios occidentales estuvieran llevando a cabo un contraataque con éxito, este ultraje de los soviéticos sería risible. Casi tan risible como llamar “democracia del pueblo” a un Estado policial de un solo partido. Casi tan ridículo como llamar “guerras de liberación nacional” al flagrante imperialismo soviético. Casi tan insensato como llamar “líderes progresistas” a tiranos como Gaddaffi, Castro y Mengistu.

Pero ¿no es precisamente ésta la terminología que mucha gente del mundo libre ha llegado a usar para hablar, escribir y pensar sobre asuntos políticos internacionales?

Incluso ahora son pocos en Occidente los que se molestan en usar el término “liberación” para describir lo que logró el Presidente Reagan en Granada a fines de 1983. Ni se califica a los equipos comunistas de asesinato como los “escuadrones de la muerte” izquierdistas que realmente lo son, ni a la lucha anticomunista en Nicaragua se la llama la “nueva revolución” que realmente es. Y, aunque muchos han llegado a hablar del “imperio soviético”, son muchos los que no van más allá y llaman “colonias” a sus partes componentes, reservando el término para los Estados Unidos, que no tienen colonias.

Las siguientes son sólo unas pocas de muchas otras distorsiones semánticas actualmente en boga:

–Lo que el Presidente John Kennedy solía llamar “el mundo libre versus el mundo comunista” es ahora “el conflicto entre Oriente y Occidente” o “la competencia de las superpotencias”, dos términos de valor libre que sugieren una equivalencia moral entre los defensores y los represores de la libertad.

–Los soviéticos ahora son nuestros “adversarios”, nunca nuestros enemigos.

–El dictador militar de Polonia es un “líder de la ley marcial”.

–Los terroristas de Jomeini eran “estudiantes iraníes”.

–El imperialismo de Gaddaffi en Africa es “travesura”.

–La subversión comunista de la Iglesia Católica se enmascara como “marxismo cristiano” y como “teología de la liberación”.

–El genocidio mediante envenenamiento bioquímico es “lluvia amarilla”.

–Las negociaciones a punta de revólver se llaman “diálogo”, mientras que el reparto del poder comunista sin elecciones libres califica como “solución política”.

—Fidel Castro, el estalinista más alineado fuera del Kremlin, fue presidente durante tres años de las “naciones no alineadas”.

—La misma palabra —“socialista”— se usa para referirse a los Estados policiales de un solo partido, como la Unión Soviética, Cuba, Vietnam y Etiopía, así como a los gobiernos de partidos múltiples y de libertades civiles ahora en el poder en Francia, España, Portugal, Suecia, etc.

Pero la perversión semántica más obscena de todas se encuentra en el concepto de “extrema derecha” versus “extrema izquierda”. El espectro imaginado de la extrema izquierda y derecha sugiere que los “extremos” —hitlerismo y estalinismo— de alguna manera son alternativas entre sí. La izquierda es contraria a la derecha, ¿no es así?

Esta es la noción insensata que Susan Sontad, la autora y crítica liberal intelectual, demolió en su ataque de febrero de 1982 contra la dictadura militar respaldada por la Unión Soviética en Polonia. La señorita Sontad dejó caer su bomba en un discurso que causó gran consternación entre muchos que consideran que el anticomunismo verbal es “reaccionario” en esencia:

“El fascismo no es sólo el destino probable de todas las sociedades comunistas —especialmente cuando sus poblaciones son impulsadas a la revuelta—, sino que el comunismo en sí mismo es una variante del fascismo, su variante de mayor éxito. Fascismo con un rostro humano”. (Debió haberlo calificado como “fascismo detrás de un rostro humano”).

Desafortunadamente, la opinión de la señorita Sontad es lenta para afirmarse debido a lo que se ha llamado “infiltración semántica”.

Esta es la forma en que el senador Daniel P. Moynihan ha definido el fenómeno:

“Para ponerlo simplemente, la infiltración semántica es el proceso por el cual llegamos a adoptar el lenguaje de nuestros adversarios para describir la realidad política. Los regímenes totalitarios más brutales del mundo se llaman a sí mismos ‘movimientos de liberación’. Es perfectamente previsible que usen indebidamente las palabras para ocultar su verdadera naturaleza. ¿Pero tenemos que ayudarlos nosotros repitiendo esas palabras?”.

“Peor aun, al usarlas ¿no estamos comenzando a influir sobre nuestras propias percepciones?”.

No, las democracias occidentales no deberían ayudar a los soviéticos y a sus delegados repitiendo esas palabras sin pensar. Y por supuesto, su uso constante realmente influye en las percepciones occidentales de la realidad política.

Es por estas razones que a comienzos de 1984, y nuevamente a comienzos de 1985, la Comisión Asesora de Diplomacia Pública de los Estados Unidos recomendó fuertemente que el Consejo de Seguridad Nacional (CSN) estableciera un grupo de trabajo para “evaluar el problema de la semántica en la ‘guerra de las palabras’ internacional y propusiera una forma política de hablar institucionalizada”.

Algunos sostendrán que semejante esfuerzo para promover la veracidad de las etiquetas que se usan en política internacional podría “interrumpir la détente” y “volver a encender la guerra fría”.

Realmente, éste podría parecer el resultado al principio, porque los soviéticos seguramente protestarán cuando se les saquen sus máscaras semánticas. Pero hay suficientes respuestas para estas preocupaciones honestas:

—Primero, una “détente” basada en palabras y percepciones falsas es inherentemente deshonestas.

—Segundo, la “guerra fría” nunca terminó, como lo indicara claramente el examen de las páginas de *Izvestia* y de las transmisiones de Radio Moscú durante los últimos veinte años.

—Tercero, estas empresas no deberían impulsar en ningún caso a las democracias occidentales a imitar los excesos retóricos de los soviéticos.

Pero tampoco deberíamos ser indebidamente tímidos. Como señaló Mag Greenfield, la directora de la página editorial de *The Washington Post*, “tenemos que... superar la idea nimia de que al dejar fuera de nuestro comentario toda la crítica pública a la conducta más bestial de un gobierno represivo, podremos hacer que ese gobierno haga más bien o menos mal. El silencio público y el eterno temor de encrespar las plumas de otro gobierno, no importa lo que haya hecho, puede ser por lo menos tan perjudicial como un alarido enloquecido y a plena garganta”.

Si prevalecen las normas básicas de objetividad y cortesía, la tendencia no será hacia una estridencia indebida, sino, por el contrario, hacia un apartamiento medido de los moldes actuales de selección de palabras. Los individuos y las instituciones por igual tenderán a modificar lentamente su lenguaje político.

En la actualidad, las percepciones políticas occidentales están grandemente distorsionadas por la imagen patentemente falsa de un “espectro de izquierda a derecha”. Occidente debería sustituirla por la imagen de un círculo. En torno a este círculo se desplegarían los sistemas políticos competidores de tal manera que se exhiban sus similitudes y diferencias reales, en vez de las imaginadas. A un lado estarían las tiranías —comunismo, nazismo, fascismo, etc.—. Y en el lado opuesto del círculo se encontrarían las democracias libertarias de partidos múltiples, también superponiéndose en la medida en que traten similarmente a los seres humanos y a sus derechos humanos.

Mediante esas imágenes (y unas pocas palabras y frases nuevas que Occidente debe inventar para describirlas verdaderamente), la mente del hombre podría alejarse tanto de la tiranía “derechista” o “izquierdista” sin deslizarse hacia lo que se supone que es lo opuesto pero que es, en realidad, su “imagen reflejada en el espejo”. En cambio, un movimiento para alejarse de cualquier forma de tiranía llevaría automáticamente a una identificación más estrecha con sistemas del lado lejano del círculo, que están verdaderamente opuestos a las variantes, tanto “derechista” como “izquierdista” del fascismo.